

tegorías de hombres en que las dos desdoblan al hombre, y de modo tal, que les disgustaría sobremanera quien se atreviera á servirlos en armonía con sus principios. ¿Cuál de las dos quedaría peor parada, si las tratase el prójimo según sus opiniones? Fácil es verlo. Seguramente que si uno se declara satisfecho por creer que lo ha hecho todo honrando á Dios con los labios, ó celebra la virtud con discursos llenos de unción, sería lo mismo que si le pagase uno de sus deudores lo que le debe, pero con perversa voluntad interior, lo mismo que si le diese exteriormente muestras de respeto un subordinado, y lo despreciase en el fondo de su corazón. Y ¿qué pensaría, cuando se encontrase con quien está conforme con sus opiniones, el que considera bastante dar á Dios culto interior, no cuidándose para nada del exterior? ¿Quedaría satisfecho si, por una habilidad maravillosa, hubiera alguien que tuviera las mismas intenciones que él, y si, teniendo solamente voluntad tácita de cumplir los deberes de justicia que para con él tiene, en ninguna manera pensase en conformar la realidad de sus actos con su intención? Suponiendo que pueda presentarse el hecho, trataría ciertamente de hallar la solución verdadera: esto es, que «estaba bien hacer unas cosas, y no omitir otras». (1)

Apenas viera que se volvían contra él sus propios principios, no tardaría en poner las cosas en claro, y se vería obligado á convenir en que, en el hombre, no es tan indiferente el exterior como antes afirmaba.

¡Sí! El exterior es reflejo del alma. Nadie hay que sea verdaderamente interior, y que no se manifieste de algún modo exteriormente. No sucedería lo contrario, sino imponiéndose de intento una violencia ó una ficción contra la naturaleza, como obstáculo á la armonía que debe existir entre el interior y el exterior. Pero, como según el principio: es necesario tener á uno por bueno, mientras no dé pruebas de su malicia, no debiendo suponerse en él la ficción sin motivo particular, prevalece la opinión general-

(1) S. Lucas, XI, 42.

mente recibida de que por el exterior de cada uno puede concluirse lo que es interiormente. Fundándose en esta manera de considerar las cosas, nos indica la sabiduría un espejo cuádruplo con el cual podemos leer en el alma de los demás: «Por la vista es conocido el hombre, y por el aire de la cara se distingue al cuerdo; el vestido del cuerpo y la risa de los dientes, y el andar del hombre, dan muestras de él». (1)

Por el contrario, lo exterior tiene grande influencia en lo interior. Todo educador sabe apreciar bien la influencia que ejerce en el espíritu el uso de las cosas sensibles. Lo comprenderán los hombres, cuando se dediquen á las diferentes artes para embellecer su espíritu; lo comprenden los padres, los amigos, los maestros, cuando educan á sus hijos, enseñan á sus discípulos ó dan testimonio de sus sentimientos á sus amigos. ¿Podrá excluirse solamente de la moral y de la religión esa persuasión que es la más natural de todas, y de la cual está penetrada toda la vida? Si fuera yo puro espíritu, me contentaría con dar en mi espíritu testimonio de mi ternura y de mi reconocimiento á mi amigo y á mi bienhechor; mas, así como vive y actúa mi alma en un cuerpo sensible, que se revela exteriormente su actividad de un modo conforme á su naturaleza, y que en compensación tiene el exterior gran influencia en la vida del alma, así también no puedo quedar satisfecho con experimentar sólo en el fondo de mi corazón sentimientos de obediencia, de aprecio, de amor y de respeto para con ella. Tal es la razón por la cual debo expresar mis sentimientos en forma humana, aunque estuviera contento con la forma espiritual; pero esta forma humana se compone necesariamente de acciones sensibles.

Ni quiere ni puede Dios hacer excepción alguna en esta ley. De Él sale, y á Él debe volver todo lo que es verdaderamente natural. Ciertamente que es espíritu; ¿pero se sigue de ahí que debemos honrarle nosotros de una manera puramente espiritual? ¡No! Aunque sea espíritu, da valor,

(1) Eclesiástico, XIX, 26, 27.



sin embargo, á nuestra naturaleza sensible; mide nuestros servicios, no por su naturaleza, sino por la nuestra, lo que es gran felicidad para nosotros. Si sólo según su naturaleza hubiera querido ordenar lo que exige de nosotros, no hubiera tenido necesidad, sino de adoración espiritual. Entonces, ¡desgraciada la debilidad humana! ¡Cómo podríamos satisfacer á Dios con nuestra pobreza, si no quería juzgarnos, sino según es Él mismo? ¡Ah! no saben lo que dicen los que pretenden que es necesario calcular la naturaleza de las operaciones humanas por el nivel de la espiritualidad divina. Con las mismas palabras con que creen eximirnos de las prácticas exteriores, nos imponen una carga de actos espirituales que nadie podría soportar. Cierto es que esta carga no les pesa mucho, porque se cuidan tan poco de moverla con la punta del dedo, como de las prácticas exteriores. <sup>(1)</sup> No tememos decir que ha sido para nosotros gran felicidad el que sienta Dios más humanamente que esos hombres ciegos. Calcula lo que desea de nosotros, no según su naturaleza, sino según la nuestra; es buen Padre para todos. Cuando en el día de la fiesta del padre, le presenta la madre á su hijito, estoy seguro de que, cualquiera que sea padre, no sólo aparentará estar satisfecho al recibir los votos que por su felicidad balbucea su pequeñuelo, y las líneas apenas legibles con que ha querido sorprenderle, sino que se regocijará realmente y desde el fondo de su corazón. No regula por sus exigencias personales las acciones de su hijo, que sube el primer escalón de la ciencia; las regula por su capacidad. Con la misma seguridad debemos creer que agradece Dios con su bondad paternal lo que le ofrecemos, aunque sea extrema nuestra pobreza, y que está plenamente satisfecho, si ve que hacemos lo que está de nuestra parte para obrar en conformidad con nuestro poder y con nuestra inteligencia. Tanto derecho tiene á que utilicemos en este sentido todo lo que nos ha dado, como á que le reconozcamos como Señor y Creador. Considera nuestro cuerpo con todo su or-

(1) S. Mateo, XXIII, 4.

ganismo como una de sus obras más perfectas, y no como algo cuya importancia es tan exigua, que pueda mostrarse indiferente en relación con el culto que debemos tributarle. De Él han salido todas las fuerzas de nuestra naturaleza; á Él deben volver. Por lo tanto, no puede contentarse con un culto puramente interno. De ahí esta reprehensión: «¿Por qué me decís, Señor, Señor, y no hacéis lo que os digo?» <sup>(1)</sup> De ahí estas palabras, cuyo alcance no puede medirse: «El que tiene mis mandamientos y los guarda, ese me ama». <sup>(2)</sup>

Porque se diga que busca Dios adoradores en espíritu, no podemos deducir que excluye los actos externos. El bienhechor que exige agradecimiento interior, no prohíbe por eso que se manifieste ese agradecimiento con actos exteriores. No exige sólo Dios adoración en espíritu, sino adoración en verdad. Pero no hay verdad en la gratitud, cuando todos los días se presenta un pobre á la mesa de su bienhechor, y ni siquiera le saluda en la calle; no hay verdad, cuando en el fondo de su corazón reconoce un deudor que tiene obligaciones para con su acreedor, y no quiere confesarlas en público; no hay verdad, cuando pretende un súbdito que basta reconocer al príncipe como príncipe, y que no es necesario pagar los impuestos y obedecerle. Consiste el verdadero respeto para con Dios en que la determinación interior del corazón sea bastante viva para producir espontáneamente, sin violencia de ningún género, acciones externas semejantes á un fruto maduro.

En una palabra, si un amigo no espera de otro amigo, un padre de un hijo, un rey de un súbdito, que les den únicamente la mitad de lo que les deben, tampoco deja Dios de tener derecho á exigir que se consagre á su servicio el hombre todo entero, cuerpo y alma, cabeza y corazón, acción y sentimiento.

#### 7. Fuerza completa, acción completa.—Debe ser-

(1) S. Lucas, VI, 46.

(2) S. Juan, XXIV, 21.



vir á Dios el hombre con cada una de las partes que lo constituyen, porque no sería servirle, haciéndolo con la mitad de su actividad, con la mitad de su voluntad, con la mitad de su inteligencia. ¿Para qué consagrar á Dios el hombre todo su cuerpo y toda su alma, y reservarse un pequeño miembro del cuerpo, y un insignificante rincón de la cabeza, sirviéndose de él para dejarse llevar con más facilidad por su voluntad y sus caprichos? Ese tal pretende servir á Dios sinceramente, y hasta llega á creerlo con toda seriedad. Pero desgraciadamente, falta al todo una insignificancia; no puede sujetar ni su lengua ni sus ojos. Poco es, es verdad, pero es demasiado; es un defecto en el todo. Es el antiguo hombre incompleto que aparece de nuevo; «su religión es vana». <sup>(1)</sup> Ó se encuentra el vicio en la voluntad. ¿Qué es sino deplorable medianía esa voluntad débil, que tan fácilmente podría estar conforme con el deber y con la convicción personal, si pudiera llegar á ellos sin esfuerzo alguno? Sí, ¡si sólo el simple poder fuera una resolución completa y verdadera de la voluntad! Pero no es sino la mitad de la voluntad. Esa pereza para la actividad, para la cual todo sacrificio es pesado; esa exaltación sentimental, que cree haber hecho bastante y por mucho tiempo, cuando, violentada, ha hecho brotar algunas lágrimas, cuando ha acudido á oír una pieza de música religiosa, ó un sermón de un elocuente orador, ó un baile ó un concierto organizados con un fin benéfico; esa actividad negligente, para la cual es bueno cualquier trabajo, con tal que lo haya cumplido bien ó mal; ese miserable proceder que cumple, es verdad, con su deber, pero con pena y lentitud, sin ardor interior, sin gusto, sin placer, ¿no son pura medianía? No puede negarse que quieren el bien todos esos hombres, pero sólo como aquél de quien se dijo: «Quiere y no quiere». <sup>(2)</sup> Desean que se haga el bien, pero no salen del miedo que les imponen las dificultades que encuentran en su camino, semejantes á

(1) Santiago, I, 26.  
 (2) Prov., XIII, 4.

aquél que exclamaba: «El león está afuera; si salgo me destrozará en medio de la calle». <sup>(1)</sup> Trabajan, pero siempre suspirando, como «la puerta que se abre y se cierra y no hace más que volverse sobre su quicio». <sup>(2)</sup> Sirven á Dios, pero le privan de la alegría del corazón, de esa médula de nuestras acciones que se reserva Dios como obsequio predilecto, porque «ama al que da con alegría». <sup>(3)</sup> Siempre la vieja medianía.

**8. Perseverancia.**—Si después de mucho trabajo y de muchos esfuerzos, llegamos por casualidad á ejecutar una acción completa, en los momentos que siguen nos sentimos como tentados á asustarnos de nuestro heroísmo. Parece que tenemos miedo de perseverar en esa actividad, no sea que resulte un hombre completo. Esta es la más deplorable de todas las medianías. Nos imponemos mucho trabajo, hacemos grandes sacrificios, y nos retiramos, cuando podíamos esperar la madurez de los frutos. En verdad, «que hubiera sido mejor no haber comenzado, que dejar la obra sin acabar». <sup>(4)</sup> ¡Ah! sabe muy bien el Espíritu de Dios por qué nos dirige estas tan terribles palabras: «¡Ay de aquellos que perdieron la paciencia!» <sup>(5)</sup> ¿Por qué el más manso de todos los maestros ha pronunciado esta espantosa amenaza: «Ninguno, que pone su mano en el arado, y mira atrás, es apto para el reino de los cielos?» <sup>(6)</sup> Porque conoce demasiado al mundo; porque sabe que son muchos los que, después del primer entusiasmo, pierden el valor y la energía; porque sabe perfectamente que, entre todas las medianías, es la inconstancia la causa más ordinaria de que no lleguen á la perfección tantos hombres. Quieren, sí, practicar la justicia del reino de Dios; pero su justicia, su propia justicia es como «el rocío de la mañana

(1) Prov., XXVI, 13.  
 (2) Íd., íd., 14.  
 (3) II Cor., IX, 7.  
 (4) S. Agustín, *De continentia.*, 14, 31.  
 (5) Eclesiástico, II, 16.  
 (6) S. Lucas, IX, 62.



que se evapora»<sup>(1)</sup> apenas comienza á calentarse el sol; ó como la semilla que ha caído en terreno pedregoso. Crece, es verdad, rápida y alegre, pero, como no tiene raíces, es de corta duración; sobrevienen días áridos, llegan los grandes calores, y se seca prontamente.<sup>(2)</sup> Pero el mundo ha perdido una vez más la esperanza de ver un hombre completo. Está obligado á contemplar, más de lo que quiere, la multitud de hombres á medias, que aumenta cada día.

**9. Juicio de los hombres sobre la medianía. Impresión que produce en Dios; perjuicio personal que causa.**—Nadie, ni aun los que forman parte de ese número, pueden ver sin amargura esos hombres á medias. Nadie, según la expresión del poeta, puede dejar de reírse á la vista «de un cuadro compuesto de un hombre á medias, completado por un extraño agregado de miembros heterogéneos».<sup>(3)</sup> Si viéramos tal deformidad en un ser vivo, huiríamos de él con horror. Si se apodera de nosotros un disgusto profundo á la vista de una obra de arte mutilada; si sentimos hasta indignación contra el que ha puesto en tal estado, no hay ciertamente un hombre tan desprovisto de sentimiento, que no experimente viva emoción, cuando ve á una criatura en la plenitud de la vida, y de su misma naturaleza, detenida en su desarrollo, ó mutilada en algunos de sus miembros, por alguna brutalidad ó por algún accidente. Y ¿podrán verse sin dolor y sin disgusto mutilados é incompletos en millares de personas el espíritu y la vida del espíritu?

¿Cuáles serán los sentimientos de Dios, testigo de nuestra medianía? Después de haber creado un inmenso mundo de bellezas, con su amor y en su ternura más que paternal, quiso reunir todas sus fuerzas creadoras para terminar su obra. Quiso producir una obra maestra que fuera el coronamiento de todo; pudo muy bien creer que con ella había superado todas las maravillas artísticas salidas

(1) Oseas, VI, 4.

(2) S. Mateo, XIII, 20-21.

(3) Horacio, *Arte Poética*, 1 y sig.

de sus manos. No sin razón, pone el poeta estas hermosas palabras en boca del divino artista:

«De mi boca el creador  
»Soplo aquí ya ha hecho nacer;  
»Hermosísimos paisajes,  
»Y con risueño color  
»Ha pintado sus celajes,  
»Mi mano: y desaparecer  
»Debe ante ese cuadro bello  
»Al que mi amor un destello  
»De mi imagen quiso dar:  
»Pintura que mi mirada  
»Ha llegado á embelesar».<sup>(1)</sup>

Y en verdad que lo había embellecido de tal modo, y lo había enriquecido con tan real dote, que podía decir muy bien:

«Hemos investido al hombre  
»Desde los tiempos primeros  
»De amplísima dignidad,  
»Dándole ilustre renombre.  
»Sometió á Él nuestra bondad,  
»Soles, estrellas, luceros,  
»Todo cuanto hay en el cielo,  
»Cuanto se mueve en la tierra,  
»Cuanto en los mares se encierra,  
»Las aves que los espacios  
»Surcan con ligero vuelo,  
»Zafiros, perlas, topacios,  
»Lo animado é inanimado,  
»Lo que corre y lo que vuela,  
»Amor de predilección  
»Para Él hemos reservado;  
»Es rey de la creación.»<sup>(2)</sup>

Y ¡oh sorpresa! ¡En qué estado vuelve á encontrar el artista divino al hijo de sus amores, cuando, después de andar errante mucho tiempo, vuelve á Él por fin, porque en el mundo entero no halla un corazón que se abra para Él, después que ha mancillado su belleza en insensatas orgías! Aquí, falta la cabeza; allí, el corazón; más allá el pie; al otro lado la mano. ¿Es posible que, en mutilación tal, reconozca el escultor divino la obra perfecta que salió

(1) Calderón, *El pintor de su deshonra* (Auto sacramental).

(2) Íd., *Redención* (Bartsch, 475 y sig.).



de sus manos? Y como responden los actos á tal deformidad, ¿podrá verlos con gusto y complacencia paternales? Debió de sentir que pasaba por su mente divina un pensamiento semejante al que expresa el poeta con estas tristes palabras:

«¡Pobre esposa! despojada  
«De tu corona: antes fuiste  
«Esplendoroso ornamento  
«De toda la creación...  
«¿Merecí así ser tratada?  
»¿Esta recompensa diste,  
»Amor?—Si no me llevara  
»Á pintarte así el amor,  
»Y á presentarte tan bella,  
»Yo jamás á ser llegara  
»De mi deshonra el pintor». (1)

Se prescribía que fuera sin defecto el animal escogido para el sacrificio; (2) no solo en la antigua ley sino también entre los paganos. ¿Era ciego ó estaba débil? ¿le faltaba un miembro? ¿era deforme? No lo aceptaba Dios. ¿Y había de hacer excepción en el hombre? ¿Había de quedar satisfecho con acciones á medias ó incompletas? Aun cuando no fuese bien claro el lenguaje de las Escrituras, ¿no lo dice el natural sentimiento de la conveniencia? «No ofrezcáis al Señor dones defectuosos, porque no los recibirá». (3) Sólo le agradan los frutos más hermosos, los animales más sanos, los dones más completos. En la medianía de los obsequios, Él, que sondea y escudriña el corazón y los riñones, no puede ver sino lo que hay, esto es, desprecio de Él mismo, y, sin embargo, se lo debemos todo.

Pero no es sólo el mundo, ni sólo Dios, los que tienen derecho á quejarse de nuestra medianía; también nosotros tenemos motivos muy serios para ello, porque la medianía, como la perfidia, á nadie pagan peor que á su autor. Nadie será más atacado por el enemigo, que el hombre incompleto que se atreve á irritarle, puesto que, por su manera de obrar, le revela su debilidad y su timidez. Á

(1) Calderón, *El pintor de su deshonra*.  
(2) Levítico, XXII, 22.—Deut., XV, 21.  
(3) Eclesiástico, XXXV, 14.

cada movimiento se infiere heridas dolorosas, porque con frecuencia al levantarse «cae en las ortigas y los espinos, de que está cubierta la tierra que ha cultivado, y en el vallado que ha hecho en su camino». (1) En verdad que no le faltan los sufrimientos que han soportado otras almas ardientes, y quizá sufra más aún que ellas. Pero mientras están segando los celosos, «él siembra siempre sin recoger jamás, come y no se sacia, bebe y no se embriaga, se cubre y no se calienta, y si llega á ganar algún salario, lo pone en saco roto». (2) De este modo, jamás llegará á su fin y perderá un tiempo precioso. Apenas si da el primer paso donde hace ya tiempo que «debía ser maestro y modelo de los demás». (3) Como no ataca al mal en su raíz, pululan las malas costumbres con el mismo vigor cuando pasa años luchando, que cuando lucha por primera vez. Recibe muy pocos consuelos de Dios, porque Dios trata á cada uno según sus méritos, y lo rechaza el mundo, puesto que, para conceder sus favores, también exige el mundo que se le pertenezca por completo. De este modo, se encuentra cohibido en sí mismo. Y ¿qué paz podrá encontrar en sí, si arrastra penosamente una vida á medias? En la tierra, sólo la gravedad y la lucha pueden conducirnos á la paz; pero el que teme el combate más que la muerte, y lo evita siempre que puede, se priva para siempre de la recompensa reservada á los que han combatido valerosamente.

**10. Llegar á ser hombre completo es empresa llena de azares. Una proposición: formar una nueva asociación de la humanidad.**—Díjose uno cierto día: «¡Ea! es necesario ser hombre». Hermosa frase, cuyo alcance quizá no conoció el mismo autor. Que sea la piedra lo que es, no es extraño; algo más es que con pureza sin mancha se desarrolle la flor. Si vamos subiendo por categorías de seres más elevados, aparecen los defectos cada vez más

(1) Prov., XXIV, 31; XV, 19.  
(2) Ageo, I, 6.  
(3) Hebreos, V, 12.